

AQUELLA VIEJA CASA

Ante mis ojos se extendía la calle solitaria. Sus casas pasaron ante mi sin dejar huella y, sin embargo... Los recuerdos parecieron pasar sobre mi agolpándose todos ante la fachada de aquella vieja casa de tres pisos.

Para cualquier persona aquella casa era como otra cualquiera. Para mi, entre sus grises muros estaba toda la historia de mi vida. Fuerte, segura, se erguía atrayendo mis miradas y creía percibir el olor de las madreselvas que todas las primaveras se abrían en el pequeño jardín trasero.

En el primer piso vivía un abogado, viejo ya, don Juan, que siempre fué un buen amigo de los niños. Todavía me parece ver su viejo rostro lleno de sonrisas y oír su voz, ya un poco cansada, contando antiguos casos judiciales ante nuestros ojos asombrados.

Tenía su piso ese olor característico de las cosas idas. Siempre recordaré su viejo despacho, atestado de libros y el encanto, un poco rancio, del gabinete, en el que su mujer amontonaba los tapetes de ganchillo, y el brillo del piano y... tantas cosas.

Desde los balcones de mi piso veía palpar la vida de la calle. Ahora una boda: la imagen blanca de la novia relucía mi mirada como si fuera algo maravilloso. Y luego los bautizos y las niñas. Todo lo que constituye la vida. La salida del colegio en las tardes de invierno cuando todos nos reuníamos alrededor de la camilla, la voz de mamá me llegaba como una caricia: «Sube a ver a la señora María», y mi alborozo al llegar a la buhardilla donde esa viejita, sola y pobre, parecía un hada, a mis ojos de niño. Cosas que pasaron...

Unas las arrebató la muerte, otras se perdieron en el tráfigo de la vida o en el silencio de los años, ¿quién sabe?

Yo ante la casa, no puedo apartar de mi imaginación los recuerdos de cada día, la in-

EL CAPITAN TOWNSEND SE CASA



¡Silencio! Nuevamente las plumas van a pecar de indiscretas. Y el escritor quisiera recomendar medida, como lo hizo seis años atrás. Medida y mejor un respetuoso silencio, por... Margarita, por la princesa. A María Luz puede salvarla su propio amor o el orgullo de su triunfo. Para Margarita, en cambio, a más amor, más dolor. Llegó la hora en la que su más secreta esperanza capitulará sin condiciones. Por tres veces le ha sido exigido a la princesa llorar a Peter. Pero esta última ella la sabe la más terrible porque no ignora su irredenta soledad. En su viaje a Rhodesia en 1953, cuando por primera vez se intentó separarla de Peter, por más que sola, no lo estaba. Peter en Bélgica sufría parecido exilio, y los latidos del amor cruzan los vientos. Y cuando en 1955 la obligaron a una oficial renuncia, Peter comió también del pan amargo del sacrificio.

¡Inteligente cálculo de los que se opusieron a aquella boda! ¿Qué amor resiste años y años de separación, de obstáculos, de interferencias, de enojosas complicaciones, sin tan siquiera la esperanza de poderlos borrar, ni aun después de una improbable adquiencia? ¿Quién resiste no vivir, viviendo, y ansiando vivir?

No seamos románticos. No acusemos a Peter. El capitán como otro mortal cualquiera, viró su rumbo ante imperativos de vida. Tan limpiamente, como limpiamente, vivió su osadía y su amor hacia Margarita. Luchó y prometió sin mentira, y sin mentira también se agostó en la larga y prolongada lucha; en la que también guerreó acaso sin saberlo, contra su propio afán de comunión, de paz, de orden, de un camino propio, guardado de miradas ajenas, de comentarios. Y pudo ignorar el propio anhelo de sus rutas, porque el único espejo donde se miraba era un rostro de mujer. Ella. La única. Su ilusión, su deseo; su vida. El capitán luchó a brazo partido. Le arrebataron la lanza; cayó el escudo. Perdió a su dama.

Solo quedó el camino, donde discurren incansables los días; donde asoma el sol y luz y sombras de luna. Peregrino de soledades, devoró leguas y leguas. Puso su amor en la tierra que pisaba, en las montañas altas, en los valles tranquilos, en las ciudades, en el asfalto. El amor hay que darlo,

porque ahoga.

Y, en su libertad, llegó a compadecer a la pobre princesa, prisionera de intereses de Estado. Prisionera de su propio sueño. Compadeciéndola, vivió el arrepentimiento de su vieja e inútil osadía. Pagó con dolor; incluso con furor contra sí mismo. Largos días, como su lucha.

¿Quién podía exigirle más?

Y, al fin y al cabo, el camino de paz por él deseado, de comunión, de orden, de alegría, fué la princesa quien no supo o no se lo pudo dar, ¡Su camino...! Y lo vio ante sus ojos como una sonrisa. Su camino. ¡Oh, el milagro del hallazgo! La compañía que jamás tuvo, el gran amor en el cual todos los factores se conjugan. ¿Podía decir lo mismo de su ilusión por la princesa, vivida entre zozobras, espiados, perseguidos?

Verdaderamente, no lo podía decir Peter Townsend. Su amor por la princesa, si lo fué, — y llegó a ponerlo en duda —, más que un jardín, le pareció, en el recuerdo y en la comparación, un calvario.

El camino hacia su dicha, hacia su derecho a la felicidad, estaba expedito.

Pero seamos ahora a la vez, o por turnos, un poco románticos. ¿Era este el camino que debía seguir el audaz y enamorado caballero de Margarita?

Amor y nobleza obligan. Y, si el amor acabó ahogándose en una zarza de imposibles, — débil y triste amor, — quedaba aún la nobleza, para aquilatar la situación en la que quedó y siguió viviendo la princesa, marcada para siempre con letras de fuego, sello del amor que proclamó ante el mundo. Porque ella renunció, pero en la misma renuncia había un reconocimiento de la verdad y del valor de aquel afecto, que le obligaban a rechazar. Porque Margarita desnudó su alma en público, como sólo lo hacemos delante de Dios, para que la dignidad de su amor se considerase tan alta, como altos fueron enjuiciados sus deberes de princesa.

No, Peter Townsend; usted no ha cumplido. Dejó una deuda por saldar; la de la nobleza. Nobleza obliga.

Y, ahora, realistas y románticos ¡silencio!

La princesa llora. Rocio de alboradas que no volverán.

Que nadie pregunte... Que nadie diga...

L. d'Andraitx.

fluencia que sobre mi tuvieron la influencia que ejercieron sobre mi vida. Y hasta la mirada de una muchachita morena de grandes ojos negros, que fué mi primer amor... Hoy me siento cansado, triste, daría algo, cualquier cosa para que devolvieran todos mis recuerdos, y éstos se me escapan de entre los dedos como un puñado de arena.

Se notan ya en la casa, señales de una próxima desaparición. La valla que la rodea, los huecos abiertos de

sus ventanas y el ir y venir de los obreros. El ensanche también ha llegado a mi vieja calle. Mañana cuando pase tal vez vea el papel del viejo gabinete de don Juan que se resiste a dejarse arrancar, o la buhardilla que me enseñará sus fauces descarnadas.

Pero no, no volveré, sería demasiado penoso. Voy a dar un último adiós a mi vieja casa y me alejaré pensando que es otra cosa más que me quita la vida...

FIDEMAR

Todos los aparatos eléctricos que precise para su hogar los encontrará a precios asequibles y con facilidades de pago en

Establecimientos LUXOR

JUAN PUIG

Calle Rutila n. 1 y 3
Teléfono 161

Instalaciones eléctricas, de lampistería y calefacción

O. CASELLAS

PINTURA - DECORACIÓN